

Hechos y Comentarios.

ALFONSO REYES EN MADRID

No he podido leer aún —porque en el lugar de bellos paisajes, de salutíferas fuentes, de soledades gratas en donde paso una semana no me es fácil conseguir los periódicos que no son del día— el artículo de Félix Lizaso, el ilustre ensayista, el fraternal amigo, acerca de Alfonso Reyes y de sus bodas de oro con las letras. Me habló el caro amigo antes de publicarlo que había encontrado la fecha del que cree que es la primer publicación de Alfonso Reyes. Es del 1905. El autor andaría por los quince años. No pude inquirir sobre el asunto de que trataba, pero comprendí enseguida que el quincuagésimo aniversario de actividad literaria del mexicano universal es una gran fecha de las letras americanas.

Mas si no he leído la página de Lizaso, sí he visto el comentario bello y entusiasta de Jorge Mañach (digamos, de paso, que el reciente discurso del gran escritor al recibir el premio del concurso pro Monumento de los Españoles a Cuba es una de esas páginas imprescindibles en una antología de la prosa y el sentimiento cubanos) en el que, evocando recuerdos escolares de sus días de Norteamérica, nos dice cómo desde hace mucho tiempo la obra de Alfonso Reyes alcanza la categoría de clásica en las letras de América. La de un clásico lleno de la más diáfana y viva modernidad.

Me parece que Félix Lizaso quiere que Cuba tenga la iniciativa en la serie de homenajes que va a ofrecerse a don Alfonso en la conmemoración de sus bodas áureas. (Se me informa que la reciente conferencia del doctor Raimundo Lazo, el eminente profesor, sobre Reyes, fue excelente). Aunque sólo ha estado Reyes muy pocas veces, y siempre en forma fugaz, en Cuba, tiene de antiguo profundas vinculaciones con nosotros. Sus contribuciones a nuestra historia literaria empiezan en sus días juveniles: en su precioso ensayo *El paisaje en la poesía mexicana*, publicado en 1914, hay unas páginas muy sugestivas sobre nuestro José María Heredia.

No puedo dejar pasar más días sin expresar mi adhesión a la iniciativa justa de nuestro eminente martiano. Quizás sea yo el decano de los amigos cubanos de Alfonso Reyes. Es una amistad que, si no ha llegado a sus Bodas de Oro, hace ya un año celebró las de Rubí. Personalmente le conocí en 1918. Era en la verbena de San Juan y en Madrid. Ya se sentía esa mañana el anuncio del fuerte estío madrileño. Amigo entonces de la lentitud de los viajes, hacía mi entrada en Madrid por la estación de Atocha, en un tren que llegaba siempre con varias horas de retraso. Y Alfonso, que dibujaba como un buen aficionado, me obsequió a los pocos días con el boceto a lápiz de mi llegada, con un equipaje nutridísimo, en el que había una maleta de esas que parecían de paja y que hace años han desaparecido, en la que llevaba pequeños cuadros y múltiples recuerdos personales, sobre los que ensayó su agudo humorismo el escritor.

Desde esa fecha hasta que en 1922 regresé con mi primera licencia a Cuba, veía casi diariamente a Alfonso Reyes, pues vivíamos en la misma casa, la *casa del hielo*, como la llamé en un ensayito sentimental que dediqué al fraternal amigo.

Reyes dirigió mis primeros rumbos en Madrid. Gracias a él no pasé por la prueba de las casas de huéspedes o de los hoteles modestos. Me encaminó a la Residencia de Estudiantes, allá en las alturas del Hipódromo, en la calle del Pinar, muy cerca de la Colina de los Chopos. Era el entonces joven escritor una figura familiar en la Residencia. Comenzaba a vérselo como un maestro. A su libro de gran iniciación, con un hermoso prólogo de Francisco García Calderón, *Cuestiones estéticas*, que se abre con su ensayo sobre *Las tres Electras*, que fue una consagración en días que casi eran de su adolescencia, surgieron sus primeros estudios en la *Revista de Filología Española*, de la que fue uno de los redactores fundadores, y su página de Geografía e Historia en *El Sol*, uno de los grandes periódicos de Madrid que mantuvo largos años, de la que han salido casi todos los volúmenes de *Simpatías y Diferencias*, una de las obras más características de Reyes.

Había llegado el escritor a Madrid unos años antes, al iniciarse la primera guerra mundial. En uno de los libros más fuertes y personales de Reyes, *Cartones de Madrid*, hay la huella visible de sus primeros años españoles, sujetos a muy duras pruebas.

En apariencia le sonreía la fortuna cuando salió de México, para ir a su primer puesto diplomático en París. De pronto, en uno de esos súbitos cambios de la política, Reyes, casado no mucho antes —¡y cómo Manuelita, su esposa, a quien todos los amigos de Alfonso queremos tanto, le ha prestado una eficaz colaboración!— se encontró fuera de la carrera en París, que ya comenzaba a sentir los efectos de los bombardeos alemanes. Era muy difícil la vida en París para el ex diplomático, que conocía y sentía tan bien la vida francesa especialmente en su proyección literaria. Encaminó sus pasos a Madrid, y aquí vivió cerca de una década, que dejó una profunda huella en su obra.

Traté de evocarla en uno de mis libros juveniles, en mis *Ensayos Sentimentales* publicado en una de las colecciones de García Monge, el gran ciudadano de América en San José de Costa Rica, en 1919. Esas páginas, tituladas simplemente *Alfonso Reyes*, inician la colección. No lo tengo cerca de mí ahora, pero recuerdo que la nota que quise destacar más en la vida de Reyes fue la de su heroísmo moral, esa voluntad creadora que le llevó a producir obras maestras en medio de las circunstancias más hostiles. La diaria jornada del centro de Estudios Históricos, en la que se afirmaba el escritor en los métodos severos de la escuela de Menéndez Pidal, se continuaba después con las traducciones de Chesterton y Wells, con los trabajos encargados por las grandes editoriales, los Clásicos de la Lectura, los de Calleja, la página de *El Sol*, hasta la dirección, en fin, de una revista, órgano de una academia hispanoamericana que presidía un gran historiógrafo, el hoy Duque de Maura. Y todo esto no menoscababa en nada el impulso poético, ese impulso lírico al que se refiere uno de los grandes ensayos "conversados", pues creo que nunca llegó a escribirlo Reyes.* Me parece recordar aún la de-

* Desarrolla el punto en *El Deslinde*.

dicatoria que iba a llevar: *A mi padre, coronel de caballería en 1877*.

Acabo de mencionar la revista hispanoamericana que de 1919 a 1922 dirigió en Madrid Alfonso Reyes y creo que es ésta una de las curiosidades de su bibliografía. Me parece que en la misma hay páginas del escritor que no ha recogido en ninguno de sus libros a pesar de que en éstos aparece una copiosa producción anónima de nuestro humanista y poeta. Tengo mis sospechas de que esta revista no aparece siquiera en la bibliografía de Reyes. La recuerdo bien, porque en ella me invitó a colaborar, y publiqué allí algún tiempo crónicas teatrales que Critilo, uno de los pseudónimos del insigne Díez-Canedo, tan vivo siempre en el corazón de sus amigos, juzgó con mucha indulgencia. Y ahora, en las Bodas de Oro con la Literatura del *mexicano universal*, el *Farfán de Hivera* de aquellas crónicas de la olvidada publicación, envía, sintiendo los ojos húmedos y el corazón sobresaltado, al maestro y amigo un abrazo muy fuerte y muy cordial.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina, La Habana, Cuba,
19 de septiembre de 1954.

Hechos y Comentarios.

ALFONSO REYES EN LA DIPLOMACIA

Escribo desde hace una semana lejos de La Habana, y mis artículos recogen, así, ecos que debían haber llegado a mí mucho antes. De esta suerte cuando comenté recientemente la iniciativa de Félix Lizaso de rendir un homenaje a Alfonso Reyes en sus bodas de oro con la literatura y aludí al penetrante comentario de Jorge Mañach, no podía sospechar que se publicaría después una carta del gran escritor mexicano al ensayista de *Historia y Estilo*, en la que alude a puntos muy interesantes de su posición ante la vida. En el fondo refleja una indudable amargura. ¿No ha de sentirla quien desde la adolescencia ha servido con un espíritu ecuménico a la cultura, a sus valores eternos, y percibe en torno suyo las voces destempladas y ásperas del *chauvinismo* limitado y estéril? En tres grupos reúne el maestro de *Visión de Anáhuac* (¡y puede dudarse del mexicanismo entrañable del escritor, después de este ensayo antológico, maravilla de sensibilidad y estilo!) las invectivas que ha merecido alguna vez su obra.

A) Despego con respecto a México. B) Despego con respecto a nuestra América. C) Despego con la hora que vivimos (y padecemos).

Menciona Reyes algunos testimonios impresionantes que desvanecen las infundadas negaciones. Cita libros suyos que prueban su mexicanidad, su americanidad y su preocupación profunda por la hora en que vivimos. No es su obra la de un hombre que vive en la soledad de su gabinete, en un apartamento feliz. Siente las voces circundantes, a veces con un adolorido acento, y de ellas hay un eco vivo en su labor. No importa que se refugie en la edad ateniense y nos cuente el esplendor de su crítica. O ensaye poner en prosa actual insuperable la epopeya del Cid. O sea la suya una gran voz de América en el coro universal en torno a Goethe en su centenario.

Ha aludido Reyes a libros, actitudes, en su carta a Mañach, que agudamente comenta nuestro ensayista. Pero nada ha dicho de la diplomacia, su diplomacia, en la que prestó tan altos servicios a su patria, a América, a la causa de la concordia entre los hombres. ¿Por qué dejó una función en la que era tan útil, con una utilidad real, tangible y con esplendores de gloria, cuando estaba en la más vigorosa y fecunda madurez? Nunca he podido explicarme el hecho que parece una excepción en una línea política en nuestra América.

Muy joven entró Reyes en la diplomacia. Comienza su carrera en París. Los acontecimientos políticos de su patria le apartan en breve de estas actividades. Retorna a ellas en España: ya tiene un vasto renombre en la vida literaria española. Es Encargado de Negocios en Madrid algunos años. Cuando se le designa Ministro en Buenos Aires, el banquete con que se le despide es uno de los grandes homenajes tributados en España a un escritor de nuestra América. Asiste la plana mayor de la intelectualidad española, presidida por don José Ortega y Gasset. El ofrecimiento está a cargo de Eduardo Gómez de Baquero, el siempre recordado "Andrenio".

De Buenos Aires, en donde lleva a término una labor que se traduce en una afirmación vigorosa de las mejores tradiciones de México en los países del Plata, vuelve a Europa. Esta vez es París el centro de su vida diplomática. Tres lustros antes había empezado allí su carrera. No sé si con su cargo de Ministro en Francia tuvo también alguna misión en el Instituto de Cooperación Intelectual, que tenía entonces al frente a un gran poeta, a Paul Valéry. En el Instituto o fuera del Instituto, la obra cotidiana de Alfonso Reyes, genuino humanista moderno, traductor de Homero y crítico de las nuevas tendencias poéticas, editor de Góngora, su exégeta penetrante y eruditísimo, y compilador y comentarista de romances viejos, creador de poesía folklórica e intérprete sutil de Mallarmé, toda esta producción, en suma, prodigio de cultura que hace pensar en los altos varones del Renacimiento, tenía la más íntima y espiritual concor-

dancia con los ideales de ese organismo internacional, sueño y esperanza de la generación que sucedió a la guerra del 14.

Después de los años de Francia —y creo que alguna escapada hizo el escritor a su España bien amada— de nuevo a América. Brasil es ahora el escenario de su diplomacia, de su humanismo, de su poesía, de su vida generosa. *Romances del Río de Enero* es uno de los muchos testimonios de cómo el diplomático amó al país gigantesco, que supo honrar en su diplomacia a humanistas de la jerarquía de Nabuco. No tengo la bibliografía de que le habla Reyes a Mañach en su carta y no puedo precisar si esta etapa brasilera coincide con una mayor actividad poética de este varón del Renacimiento. Sí estoy cierto de que fue de las más fecundas y creo que también fue la postrera misión diplomática del mexicano universal. (Ahora me entran dudas de si no lo fué su embajada en Buenos Aires). En la etapa presidencial del general Lázaro Cárdenas cesa la vida diplomática de Reyes. La historia algún día al narrar los acontecimientos de estos años de vida mexicana, señalará el hecho deplorable. *

(Lamentemos en un paréntesis un hecho cubano que no tiene fácil explicación: el súbito retiro diplomático de Mariano Brull, antiguo colaborador del Instituto de Cooperación Intelectual de París, de las más distinguidas figuras poéticas de nuestra América desde que en 1915 publicó *La casa del silencio*, con una epístola al frente de don Enrique González Martínez y un prólogo de don Pedro Henríquez Ureña, embajador de Cuba en el Canadá, Bruselas y Montevideo, una selecta y bien cimentada cultura que honraba a Cuba en todas sus representaciones y que hacía más de treinta años que era un diplomático de carrera, de una conducta sin mancha. Esperemos que el inesperado retiro de nuestro insigne hombre de letras sea transitorio).

* La verdadera serie de cargos diplomáticos de Reyes fue la siguiente: París, Madrid, París, Buenos Aires, Río de Janeiro y Buenos Aires.

Apartado de la diplomacia, Reyes no ha dejado de rendir en la etapa del forzoso retiro nuevos servicios que tienen el más puro acento diplomático. ¿No fue así el que prestó en Cuba, hace unos trece años, presidiendo la Plática de la Habana que siguió a la Conferencia de Cooperación Intelectual reunida en nuestra capital en 1941? Mañach recordaba en su primer artículo sobre el maestro mexicano —¡qué premio Nobel más claro, más deseado en todos los países de nuestra América, es el del gran escritor!—. Cómo presidió Reyes aquella Asamblea. Una vez más fue el decidido propugnador del sentir ecuménico de la cultura. Una vez más su calidad de humanista dio la tónica de su conducta. Y el acento enardecido —eran los días más inciertos y crueles de la segunda guerra— de muchos encontró su equilibrio en la noble serenidad de don Alfonso, que supo concertar voluntades y comprender íntimamente el pensamiento guiador del gran cubano Cosme de la Torriente que presidió esa memorable Conferencia.

Reyes fue designado hace ya más de un lustro Doctor Honoris Causa de la Universidad de la Habana. Sé que el entrañable amigo está bien ya, o casi bien de una larga dolencia. Unos días de nuestro suave invierno y el retorno a viejas y hondas amistades, que le esperan siempre con los brazos abiertos, confortarían al maestro de México. Ningún colofón mejor a nuestro homenaje al mexicano universal, que es una de las puras glorias de nuestra América.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina, Habana, Cuba,

22 de Septiembre de 1954.